

## PENUMBRA

Marco Negreros  
Departamento de Letras

La madrugada del 25 de mayo confirmó que tendría que acelerar la marcha, que no existía más tiempo. A eso de las dos de la madrugada -lo sabía porque sus horas de sueño eran tres-, encendió la lámpara, junto al teléfono, y colocó el reloj al alcance de su mano. La luz llegó con fuerza e intensidad. Con los ojos semicerrados puso el pie derecho sobre el piso frío y se incorporó. Sin embargo, la pierna derecha no sostuvo el cuerpo y cayó de rodillas. Se apoyó con las manos; levantó el tórax y la cabeza, queriendo abrir los ojos aun más. Intentó levantarse, pero sólo conseguía dar medio paso tambaleante y caer nuevamente. "Debo haber estado muy dormido, o quizá fue una pesadilla", decía balbuceante; pero esto último resultaba difícil ya que la luz penetraba más y más en sus ojos, haciéndole ver que todo era una realidad. Al quedarse quieto por un instante, pudo darse cuenta de que los objetos atravesaban frente a él en todas direcciones. En vez del techo, era el piso, y las puertas se le interponían una y otra vez. Cerró los ojos y así llegó al baño, con los ojos cerrados. Volvió a la cama. Para entonces, Margarita se había percatado de que algo sucedía y preguntó: "¿Qué sucede?!" "No es nada, es sólo un mal sueño, dúermete", dijo él. La madrugada avanzaba.

A las 6:30 horas abrió los ojos. Entonces la cama entera, en forma súbita, quiso dar un vuelco. El techo de madera se aproximaba y alejaba. Las vigas múltiples se entrecruzaban. Las puertas eran tres, y él veía seis. Todo a su alrededor era triple o cuádruple. Ahí estaba, era real, no era una pesadilla. Pero aún incrédulo, tambaleante, frío y sudoroso, cayendo y levantándose, arremetiendo contra la cama y la pared, llegó a la esquinera. Sobre ésta se encontraba el espejo. En el claroscuro de la habitación abrió sus ojos. El derecho no estaba. Tan sólo la córnea blanca y vacía, como un espejo opaco. El izquierdo, dilatado y espantado. Se había ido. Se fue mientras dormía. Horrorizado, regresó al lecho y, entonces, despertó. Margarita preguntó: "¿Qué sucede?". "Es el ojo derecho, Margarita; se ha ido. No puedo ver y, si abro los dos ojos, todo se mueve, las paredes se juntan, los objetos se duplican, la casa cae". Mientras tanto se iniciaba la náusea. Crecía hasta llegar al vómito. Sudaba

y vomitaba una y otra vez. Y así se quedó tendido, húmedo y tembloroso, durante largas horas. Las cortinas de las ventanas permanecieron cerradas. El sol huyó. Desechó las luces. Ellas, fulminantes, acrecentaban su agobio. El cansancio lo invadía.

Al iniciarse la tarde, Margarita llamó al médico. El, monótono y en tono aburrido, contestó: "El azúcar, señora, el azúcar". Sin embargo, aún con el ojo tuerto, él persistía en la idea de que pronto todo habría de volver a la normalidad: "¡Somos tan fuertes, Dios mío, tan fuertes! ¡Nuestro organismo no tiene límites!", pensaba. El miedo se empezó a apoderar de él. La medicina para los vómitos lo agravaba. Y en ésas se encontraba. Los vómitos empezaron a distanciarse. Seguía con su ropa de dormir. Abría continuamente los ojos. Esperaba que la danza infernal finalizase, pero no era así. El proceso continuaba. "Debes ver a un médico", decía Margarita; pero él respondía: "Todo habrá de volver a la normalidad, prontamente". Así transcurrió el viernes. Un vaho pegajoso penetraba en la habitación; la respiración se hacía rápida; jadeaba. El olor a enfermo se apoderaba del ambiente. "Debes ver a un médico...un médico...un médico", retumbaba en sus oídos.

Durante las horas que transcurrieron, sus pensamientos eran incoherentes. Tan incoherentes como sus movimientos. Este desequilibrio se empezó a acentuar. Levantar la cabeza o mover un miembro resultaba imposible, y la angustia lo tomaba tenazmente. Sin embargo, insistía en que había que esperar. La habitación permanecía a oscuras. Había realizado dos descubrimientos importantes: uno, que la obscuridad era su amiga, y dos, que taparse el ojo derecho, aunque ausente, le permitía un movimiento bastante adecuado. De tal manera que decidió parcharse el ojo y permanecer a oscuras. El día sábado transcurrió lento y lluvioso. Él, con la esperanza de que el ojo ausente habría de volver. El ojo izquierdo lagrimeaba; las lágrimas eran candentes. El dolor en la tráquea era insoportable. No podía llorar. El color blanco opaco de la córnea derecha se había tornado rojo hirviente. Desde ese día empezó a desear la llegada de la noche para poder descubrirse el ojo y

dormir. Al liberarlo, el aire caliente lo acariciaba: lo cerraba y lo abría entre gemidos. Cualquier centelleo lo hería en lo más profundo. Mordía la ropa. Iba hacía para no gritar. Estos momentos se alternaban con episodios de calma. Y así se inició también el proceso de pensar qué había sucedido con él. La noche anterior, noche de charla, el cansancio lo invadió al finalizar el día. Cercado, eso sí, de preocupaciones, se retiró a dormir con un leve dolor de cabeza. El día siguiente se presentía lleno de interrogantes. Se retiró temprano. Las tinieblas invadieron el ámbito, huidizas, intangibles. En medio de ellas, y dormido, le robaron el ojo. El ojo derecho se había ido.

El día domingo se anunció con el triste tañer de las campanas. Con una leve mejoría, se planteó a sí mismo una hipótesis de lo acontecido: " Debía de ser algo sistémico. Algo ponzoñoso lo atacaba". Empezó a sentir odio contra el mundo, contra él mismo. ¿ Por qué era tan desgraciado ? Pero lo aparatoso de la situación le sugería que era algo más que eso. "En estas situaciones uno es muy dado a las fantasías". Y así, se imaginaba pequeños sacos provistos de piernas y brazos, rojos y blancos, tratando de abrir brecha, con hachas y palas, a través de enormes coágulos y largos túneles. Pero, a pesar de ser cientos los sacos que trabajaban incesantemente, ya era demasiado tarde. Algo había ocurrido; algo nefasto y oscuro. Hundió su cara en la almohada y se puso a llorar. La noche se juntó con la noche.

Acicateado por estos pensamientos, transcurrió el día domingo. Dejó de hablar. Necesitaba de todos sus sentidos; entre ellos, medio oído derecho. Perdido entre el arrabal y el descuido. Cuántas veces no protestó, escupiendo pus y dolor, ante la impotencia de quienes lo rodeaban. Múltiples intentos de caminar normal, con el envío continuo de mensajes a sus piernas; que lo sostuvieran o le ayudaran a caminar. Su ojo izquierdo, enloquecido, trataba de que las órdenes se cumplieran. Desorbitado y enrojecido por la sobrecarga impuesta, el ojo ido entabló un diálogo con el ojo cansado. El primero piensa y el segundo ejecuta. Había una rara combinación intelectual entre ambos y el increíble poder de uno solo. Y así se olvidó del mundo. Se volvió oscuro. Asfixiante, como si caminara en un túnel que lo llevaba a una botella, también oscura. Sentía que una o muchas partes de él lo abandonaban. Se iban una a una. Se irían casi todas, agonizantes, hasta conducirlo a la misma muerte. Con el paso del tiempo, la inestabilidad se acentuó y el ojo no volvió. Entonces Margarita dijo: "Es tiempo de consultar a un médico". Derrotado y humillado por su propio cerebro, accedió silencioso y tambaleante. La muerte tocó a su puerta y lo agarró dormido. Por eso, debe acelerar la marcha. Una calurosa tarde de mayo abandonó su casa.